




EL



ATENEEO




REVISTA QUINCENAL

Año II. Teruel 1.º de Mayo de 1893. Núm. 19.

A VUELA PLUMA

LITERATURA TUROLENSE

XI



POGEO ó edad de oro de la literatura turo-
lense hemos llamado al periodo de los tres
siglos en que esta adquiere un singular des-
arrollo, colocándose al nivel de las demás
provincias de nuestra península; á los siglos
xvi, xvii y xviii, siglos de gran cultura intelectual, en
que cantan nuestros mejores poetas, narran los sucesos
acaecidos nuestros primeros historiadores, discurren nues-

tros notables filósofos y teólogos, y en los cuáles esparcen nuestros literatos la fama del país que les dió el ser, no solo por España, sino por todos los pueblos donde imperaba el león de Castilla, y bien sabido es que entonces no se ponía el sol en sus dominios, según la frase de un notable historiador. Todas las literaturas conocidas han tenido esas épocas felices que se han llamado siglos de oro y los escritores, que en ellas han brillado, han sido siempre considerados como modelos de eterna imitación para todo aquel que ha querido conquistarse un puesto en el mundo de las letras y sobre todo en esas literaturas, que habiendo sido conocidas con el nombre de clásicas, han impuesto su gusto al mundo entero y han tenido constantemente encerradas, en sus moldes, cuantas composiciones de todas especies han producido los siglos que les han sucedido.

Nuestros escritores de la edad de oro han sido olvidados en las literaturas españolas, ya dijimos que los dos que citan y que por tanto han adquirido mayor renombre, pertenecen á la época de la decadencia de las letras patrias y que el tercero de que se ocupan los críticos é historiadores de literatura es el famoso Fr. Luis de Aliaga, cuyo pueblo natal esta aun por averiguar, sin embargo, como nuestros lectores podrán ver en el curso de estos artículos, cuenta nuestra provincia con algunos centenares de escritores en la referida época y aun sin contar más que los del primer siglo de ella, conocemos más de cien, muchos de ellos de gran importancia literaria y científica.

No nos ciega el amor á nuestra provincia hasta el punto que creamos que han nacido en ella algunos de esos genios privilegiados que han dado su nombre á la época en que vivieron, pero tampoco podemos pasar sin protesta, el que entre los millares de nombres que figuran en los anales de nuestra literatura, no haya el de algunos de nuestros paisanos que superiores á muchos de aquellos, han quedado en el olvido por ignorancia, incuria ó mala voluntad. Aunque estos apuntes no lleven en sí otro ob-

jeto, que el de llamar la atención de los hijos amantes del país que deseen que no queden oscurecidas las glorias turolenses y excitarlos á construir la literatura de la provincia, creo que han de merecer la benevolencia de los lectores de EL ATENEO y este exclusivo fin se propone, el que llevado de su inmenso amor á su pueblo, escribe estos mal perjeñados artículos, hechos *á vuela pluma* y sin pretensión de ninguna clase.

Con estas breves consideraciones entramos en el estudio del

SIGLO XVX.

Método seguido, por cuantos tratan de la historia de un pueblo, es, dentro de cada período, empezar por esa clase de composiciones cuyo objeto principal es la realización de la belleza, de aquellas que tienen por exclusivo fin el expresarla, para hacerla sentir en todo su esplendor, al que alimenta su espíritu con las sublimes creaciones de la fantasía, cuando esta se sujeta á las leyes del metro y ritmo, y este método ya seguido en el estudio de los pasados siglos, es el que nos hace empezar ahora por el de los poetas turolenses.

Las semillas echadas por los tres preclaros vates que estudiamos anteriormente, fructificaron de un modo extraordinario en el siglo de que nos ocupamos y sobre todo en esa parte de la provincia llamada tierra baja, que es, por la hermosura de su suelo y por la exhuberancia de su vegetación, la parte más apropiada para que el hombre cante las maravillas de la Naturaleza y la magnificencia del Creador de ellas. Muchos son los poetas de este país que vivieron en el siglo décimo sexto y con objeto de clasificarlos mejor, los agruparemos teniendo en cuenta su pueblo natal, ordenando alfabéticamente estos y dentro de cada uno de ellos, los autores que han de ser objeto de nuestra atención.

Albarracín. Dos poetas que llevan el apellido de los señores de esta famosa Ciudad, son los que cita la tantas veces mencionada obra del Cronista Andrés, poetas que

no encontramos en las Bibliotecas de Latassa, en el diccionario de su continuador Gómez Uriel, ni en la obra de Sánchez-Muñoz, pero que la *Miscelanea Turolense* los trae como hijos notables de la provincia, tomando las noticias de esta misma fuente considerando, pues, que esta es la única donde se pueden adquirir, copiamos á continuación cuanto de *Miguel y Martín de Azagra*, que son los poetas albarracinenses de que hablamos, contiene el Aganipe.

El que á la vista aquí se ve primero
es un rayo de Apolo Celtibero
Miguel de Azagra que del fiero olvido
á Coripo lo ha restituído,
y con sus observaciones ha quedado
claramente entendido y explicado.
Martín de Azagra en métricos afanes
de Zurita cantó los sacros manes
y en un solo doctísimo epigrama
le ganó la Musa suya heróica fama,
que está vinculado á lo copioso
lo raro, lo elegante y lo ingenioso.

Dice este Autor, en una nota, que el primero publicó sus notas al poeta Coripo, en 1581, que á continuación de ellas se halla un panegírico en versos latinos á Maximiliano II Rey de Romanos y que lo ecelebran Gaspar Barthio y Morales.

El verdadero apellido de estos dos poetas es Ruiz de Azagra, así consta en el título de la obra del primero que es: *Corippi Africani Grammatici de laudibus Justini Libri IV. nunc primum é tenebris in lucem afferti, Scholius etiam, et observationibus illustrati per Michaelem Ruiziúm Affragiúm. Antuerpiæ 1581 in 8.º* y con este apellido los trae el Sr Gascón en su periódico, por lo cual hay que sospechar que Ustarroz suprimió el Ruíz quizá por la exigencia del metro.

Conociéndose en este siglo un gran número de poetas hijos de Alcañiz, que es el pueblo que sigue en orden alfabético y con objeto de que no se hagan pesados estos apuntes dejamos el estudio de aquellos para el siguiente artículo y hacemos punto final en el presente.

F. A. T.

UN ROSARIO REZADO EN LOURDES.

(Conclusión.)

Sobre cada uno de aquellos pies, de virginal desnudez, se entreabría la rosa mística del color del oro: Por delante un cinturón azul como el cielo, medio anudado alrededor del cuerpo, colgaba en dos largas fajas, y un rosario de cuentas blancas como las gotas de la leche, y de engarce amarillo como el oro de las mieses, pendía de sus manos, unidas con fervor. Al propio tiempo las cuentas del rosario deslizábanse una tras otra entre los dedos de aquella inmensa muchedumbre prosternada en presencia suya. María parecía estar escuchando en su propio corazón el eco eterno de la Salutación Angélica, y el murmullo inmenso de las invocaciones emanadas de la tierra. Cada cuenta pasada era sin duda toda una lluvia de gracias celestiales que caían sobre las almas, como las perlas del rocío en el cáliz de las flores. Sobrecogido por la emoción, saqué mi rosario, y doblándome sobre mí mismo y caído de rodillas, sin darme cuenta de ello, recé. Así permanecí largo rato, absorto en un acto de adoración y reconocimiento. ¡Cuán dulces son tales momentos! El alma se complace en olvidarse de sí misma, y parece que habita en el Paraíso.

El 8 de Septiembre amanecía hermoso sobre toda ponderación para las almas que creen. Siguiendo la corriente del Gave que se deslizaba mugiendo á través de los guijarros y las quebradas rocas, llegaba de nuevo á la Gruta, donde ya voces frescas y sonoras, que tenían yo no sé que linaje de magnetismo, penetraban todos los corazones, derramando en ellos las dulzuras del amor de María.

Nunca un cuadro mas rico de belleza, de esa belleza superior que cautiva lo mas elevado del alma, se había ofrecido delante de mi vista. La esplanada de la Gruta se hallaba literalmente cubierta de una inmensa multitud apiñada y ondulante como las espigas maduras. Al lado del aldeano de Gers se destacaba la fina cabeza del bearnés, tan popularizada por los innumerables retratos de Enrique IV. Unidas las manos con fervor, hermosas, serenas y graves como las espléndidas vírgenes de la campiña romana, las doncellas de la montaña rezaban, llevando algunas en la mano un cántaro de barro para llenarle

del agua milagrosa, recordando las bíblicas figuras de Rebeca ó de Raquel.

Las campanas de la esbelta torre de la Basílica anunciaban la festividad del día, y la sonriente aurora parecía repetir las palabras que el sacerdote entonaba ya en el altar del sacrificio: «Ella es el límpido candor de la luz eterna; espejo purísimo que empañar no pudo el más ligero soplo.»

La Gruta ofrecía un atractivo consolador: nubes de vaporoso incienso subían girando en graciosos círculos, en frente del altar, donde resplandecía como nunca la celestial Hermosura que los cánticos celebraban.

La plegaria, los cantos y la palabra de Dios no cesaban de resonar un instante

Delante de las piscinas, las plegarias eran más conmovedoras, los cantos más sentimentales: veíanse pasar de cerca todos los sufrimientos, y las lágrimas cortaban no pocas veces los cánticos y oraciones.

Todos aquellos rostros revelaban la fé y la oración. Allí estaba el rudo cristiano de los primeros tiempos, que sabe que para Dios nada hay imposible. Allí el cristiano atormentado por la duda, que acudía á aquellas rocas salvages á buscar argumentos para sus creencias. Allí estaba la mujer creyente, pidiendo á la divina Madre que curase á algún enfermo querido, ó convirtiese á alguna alma muy amada.

¡Qué emociones tan dulces no llegan allí desde el cielo por el Corazón de María! Sentimientos, ardores, generosidades que no conocía y dilataban deliciosamente el corazón.

Hubimos de dar nuestro adiós á la Gruta. Este es siempre doloroso por lo mismo que allí se han encontrado tantas consolaciones. Adiós, Virgen de Lourdes! adios, Gruta! Roca bendecida, adios, adios!... Vamos á partir; pero os dejamos nuestros corazones... Vamos á partir; pero viene con nosotros tu recuerdo tan hermoso... Gruta de Lourdes, te lo juramos, no te olvidaremos!... Que nuestra mano se seque, que nuestra lengua se pegue al paladar, que nuestros corazones cesen de latir en nuestros pechos, si perdemos tu recuerdo!... Virgen de Lourdes, nosotros te amamos y contamos con Vos... Gruta, Gruta, quisiéramos tenerte siempre á nuestra vista, derramar aquí siempre nuestras súplicas y nuestras lágrimas... Mas, debemos abandonar! Marcharemos al menos ricos de recuerdos, de aliento, de gracias para nuestros cuerpos y nuestras almas.

Al partir el tren divisamos todavía la Santa Imagen colocada en la abertura de la roca: mis buenos compañeros de viaje y yo, arrodillados en el wagón y absortos en religioso silencio, salu-

damos por última vez á la Virgen Inmaculada y desde el fondo de nuestras almas repetimos la consoladora invocación:

*Nuestra Señora de Lourdes,
Rogad por nosotros!*

MANUEL LLANES MONTULL.



CUENTOS DE LA ABUELA.



A noche aquella íbamos á ser felices, completamente felices.

La abuelita condescendiendo á las reiteradas súplicas de Pilar, nos contaría un cuento.

Cenamos con la rapidez del enamorado á quien su amada espera en nocturna cita, y sin parar mientes en que los demás hermanos quedaban en rededor del hogar, besamos la mano de nuestro padre y dimos las buenas noches.

Nuestro dormitorio estaba helado... Gruesos copos de nieve azotaban los vidrios de las ventanas y una clara luna, mucho más clara que la de otros días, iluminaba con sus pálidos fulgores la hermosa vega, semejante entonces á un solitario cementerio.

Ni el agorero cantar del labrador que vuelve de sus faenas, ni el piar de los pájaros en la arboleda, ni el suave murmullo del pequeño arroyuelo que serpentea al pié de la aldea, turbaban el silencio de aquella triste noche. De cuando en cuando el ruido producido por la caída de algún árbol ó el desgaje de alguna rama, turbaban el lúgubre silencio de nuestra pobre y pequeña casa.

La abuelita nos contemplaba sonriente, pero su sonrisa tenía un triste de melancólica tristeza que nos desanimaba.

Ni las obstinadas y hasta cierto punto impertinentes preguntas de Pilar, ni los repetidos bostezos míos, la sacaban de su éxtasis y aquella situación iba ya siendo insostenible cuando yo, más atrevido que mi pequeña hermana, con esa voz regañona que los niños usan en sus enfados le pregunté:

Para esto hemos subido?...

La abuela, por toda contestación, enjugó una lágrima que rodaba por sus mejillas, arropó nuestros cuerpecitos y besando nuestra frente después de santiguarnos, exaló un hondo suspiro.

¡Qué le pasaría á la abuela!... Más tarde lo he sabido. Era que hacía un año, en una noche como aquella, nuestra madre dejaba de existir y ¡es tan triste ver á dos angelitos sin madre!...



Lo prometido, es deuda, queridos nietecitos, nos dijo después de un corto silencio; yo os debo un cuento y voy á contarlo.

No he de relatarlo con sus mismas palabras, porque no las recuerdo. Solo si narraré lo que pudiera llamarse el argumento. Una madre que agoniza, su marido un libertino, teme la madre que su hija en virtud del ejemplo del padre sea mala y prefiere convertirla en paloma. Le introduce una aguja por el oído y el milagro queda hecho. Un día el padre iba de caza y vió en el campo-santo una hermosa palomita, le dispara y el animalito va á caer sobre la tumba de su madre. Nota el cazador el hierro en el oído de la víctima, le quita y figuraos, cual no sería su asombro al ver que era su propia hija, pero... muerta.

En verdad que el cuento era tan bonito como triste; nos volvió á besar y después de rezar por el eterno descanso de mamá, se retiró dejándonos la luz.

Pilar no tardó mucho en caer en brazos de Morfeo, sus hermosos cabellos, negros como el ébano, caían desordenadamente sobre su sonrosado rostro y sus pequeñitas manos tapaban cuidadosamente sus orejas.

Yo seguía desvelado, por mi imaginación cruzó una feliz idea que hoy considero horrible, y mirándola detenidamente exclamé convencido del grandioso proyecto:

—Que hermosa estaría de paloma... la llevaría al cuarto de la abuelita y le picaría para despertarla, y que alegría la de la abuela al ver una palomita en casa... y cuando todos la acariciasen, disimuladamente le quitaría la aguja y... ¡chasco! pues la paloma era Pilar.

No pensé ya mas; levanté con mucho cuidado las sábanas, fui en busca de la calceta, quité la aguja para consumir mi obra, sin pensar que con ello retrasaba la de la abuela, y me volví al lecho.

Allá estaba Pilar con ese sueño infantil de los tres años, quité con cuidadito su mano, separé los cabellos, preparé la aguja y al mismo tiempo oí un grito desgarrador detras de mi. Volví asustado la cabeza y ví á la abuelita pálida, desencajada y con el rostro lívido que me preguntaba; ¿pero hijo, qué haces?

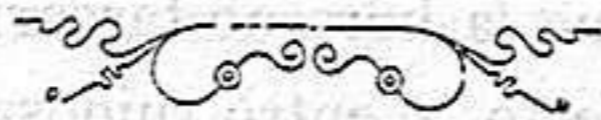
Sonreí graciosamente y contesté con el candor de un angel:

Pues convertir á Pilar en paloma...

La abuela arrancó de mis manos aquella aguja y tapándome con sumo cuidado, deslizó en mi oído estas palabras que nunca he echado en olvido.

¡Imbecil, si los cuentos son mentira!...

JESÚS ROYO TRALLERO.



FRENTE Á FRENTE.

(1)

Envuelto en su capa, esa prenda á que nunca oscurecerán con tacha de antigua, de cursí ni de inservible los abrigos impuestos por los modernos figurines, salió de su casa Esteban, acompañado de su inseparable amigo Mariano, y ambos se dirigieron, con propósito de cumplir el precepto de *oir Misa entera* los domingos y fiestas de guardar, á la Iglesia Mayor.

Cuando llegaron á la plazuela en que esta se hallaba y á la que daba nombre por tradición aunque con otro la hubiese *bautizado* la innovadora época, había bastantes corrillos que esperaban la hora tomando el sol, un sol despejado, alegre, de día de Pascua.

No hay para qué decir que las conversaciones versaban en general acerca de los *sucesos* de la noche anterior. Entendámonos; no acerca del gran acontecimiento que la Iglesia conmemora anualmen-

(1) De una novela que no ha visto la luz, ni aun por un agujero.

te el 24 de Diciembre, sino de muchas cosas que constituyen esa conmemoración para el mundo, algunos de ellos, si no todos, poco dignos ciertamente, por más que los inspire muchas veces la buena fe, pues son hijos no de un sentimiento de amor á Dios, de un regocijo terreno, de un mundano placer. Entra, sí, el espíritu en esas cosas á que nos referimos, pero dominan las tendencias, los movimientos de la materia, y de ello que la fiesta resulte con algo, y aun *algos* de sabor pagano en sus manifestaciones y efectos, aunque no de ordinario, por la intención que á los festejadores guía.

No tenía Esteban humor de conversación ni era tampoco aficionado á *formar corro* en la puerta de la Iglesia, antes ni después de los oficios santos, como muchas gentes que solo ó principalmente van á estos por el gusto que les causa el pararse en aquella y hacer pasar *por vaquetas* lo mismo á las alegres niñas, que, con franqueza hablando, no lo llevan casi nunca á mal, que á las serias mamás, cuyas protestas mudas y lamentaciones visibles contra tal costumbre del sexo fuerte, piérdense en el vacío.

Ingresó, pues, directamente en el templo, cambiando algunos saludos al paso y siempre seguido de Mariano, con quien fué á colocarse en el sitio que por costumbre tenían elegido.

La nave lateral, donde, al extremo superior, se hallaba la capilla en que la Misa se decía los días festivos, contenía ya gran número de fieles, lo cual indicaba que la hora no tardaría á sonar.

Y sonó pronto, en efecto, y entró ruidosamente todo el grupo de personas que esperaban en la puerta, las que, dicho sea de paso, no eran en su mayor parte tan exageradamente puntuales mas que para eso, para acudir á la casa de Dios, como si sus habitaciones no se abrieran hasta el momento preciso ó cual si fuera peligroso estar en ellas un minuto más del tiempo absolutamente indispensable para oír el Santo Sacrificio.

Es decir, para oír el Santo Sacrificio siempre, no; para oír y ver acaso todo cuanto al oído y al ojo pueda afectar, menos, el altar en que aquel se celebre.

Porque justo es decirlo y caiga el que caiga. Había entre los paisanos de Esteban y Mariano, como los hay hoy en una parte sí y en otra también, algunos que, además de entrar tarde en el Templo y de no hacer á la entrada las debidas demostraciones de respeto y reverencia, siendo así que con tan empalagosa proligidad las emplean al ir de vistas ó al encontrarse en la calle con las de Pérez ó las de Menganez, permanecían en el sagrado lugar cual si estuviesen olvidados por completo de ello ó cual si lo considerasen poco más de un sitio donde, fuera de hablar fuerte y reirse á carcajadas, se pueda hacer lo que venga en antojo, como por ejemplo:

Dejar los sombreros apilados ó extendidos sobre la mesa de un altar, convirtiéndola en tablilla de escaparate;

Charlar sin tregua ni descanso acerca de *lo que salga*, sea bueno ó malo, y quizá prefiriendo lo segundo por más sabroso;

Mirar con insistencia y á veces con descaro á todas partes, especialmente donde haya mujeres, guapas ó feas, altas ó chicas, rubias ó morenas, solteras ó casadas, y más si las miradas pueden pasearse por caras bonitas y cuerpos esbeltos, y mucho más si no caen en terreno estéril ó desabonado;

Santiguarse ó persignarse de prisa y á medias, ó haciendo solo una *ceremonia* de ello que viene á resultar algo así como si se encontraran ante un signo de escándalo, ó como si ahuyentasen de sí algún mosquito ú otro bicho de este jaez;

Cuando *toque* arrodillarse, tirar una pierna hacia atrás, como para retirar un estorbo, ofreciendo una posición tan poquísimo académica que ni aun en reuniones de confianza la verían bien los mismos *interesados*,

Salir atropelladamente, aun antes del *Deo gratias* final, hacer, lo mismo que á la entrada, *como si* tomásen agua bendita, ó no haciendo tanto siquiera, y echarse á la calle con apresuramiento, cual si se hubiera oído la voz de ¡fuego!; tomando al momento las mejores posiciones para inspeccionar la salida de los concurrentes, mejor dicho, de *las* concurrentes, que de grados ó por fuerza tienen que *sufrir* el segundo *vaqueteo*.

Si sometiéramos al juicio de Mariano las precedentes anotaciones, así como la de que muchos suelen contestar que *no entienden de colores* cuando se les pregunta por el de la casulla del celebrante, nos diría aquel que nos quedábamos cortos. Cuantas veces se había lamentado de estos procederés, censurándolos en privado y en público, pues para decir la verdad ni se mordía la lengua ni se ocultaba de nadie.

Contra ellas *trinaba* el día de *autos*, al salir del templo con Estéban, cuando, ya en la calle, se encontraron con D. Clemente y Aurelia, que también acababan de asistir á Misa.

El encuentro produjo en nuestro *protagonista* alegría y temor. Turbóse bastante, pero logró serenarse mientras el padre y la hija cruzaban su saludo con el de Mariano, que se aproximó antes á ellos.

J. V.

Se continuará.





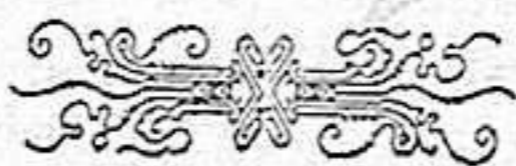
¡MURIÓ EL FRÍO!

(Continuación.)

Su frente corona graciosa guirnalda
De flores tegida con raro primor;
De púrpura y oro arrastra una falda
Que á sus hombros prende cándida una flor.
Y el nítido seno, apenas velado
Por pliegues menudos, palpitar se vé;
Y ciñe su talle un cinto dorado;
Y muestra desnudo su ligero pié.
Sus labios dibujan, sonrisa encantada,
Su frente serena augura la paz,
Y vierten sus ojos tan tierna mirada
Que el alma enagenan en dulce soláz
Y al ver el tirano tan rara belleza
Quizá fascinado, la frente inclinó
Y olvida al momento su cruda fiereza
Y el semblante altivo, humilde tornó.
La ninfa serena, á él se encamina
Y ví de sus labios abrirse el clavel
Y oi que al soberbio con voz argentina
Reprendió valiente, su porte cruel.
«¡Infame! le dice, ¿no temió tu orgullo

»Tan débiles seres, inícuo oprimir...?
»Destruyó tu soplo al tierno capullo,
»Y á flores lozanas hiciste morir...?
»Fundaste tu imperio en pobres rüinas,
»De gentes inermes tu fuerza abusó...
»¿Y triunfo tan pobre, glorioso imaginas?
»¿Laurel tan mezquino tu orgullo aceptó...?
»Con bárbaro empeño, atroz esterminio
»Tu impía guadaña sembró por doquier,
»Sin ver que del mundo el alto dominio,
»Tu cómplice, Marzo me dió desde ayer.
»Y ya que sin freno tu inmunda bravura,
»Al debil impuso del fuerte la ley,
»Desde hoy te condena á estrecha clausura
»En lóbrega carcel, Eolo tu rey.
»Y haciendo justicia, que sufras ordena
»En pena condigna la ley del talión,
»Poniendo en tu cuello la dura cadena
»Mis débiles manos en la honda prisión.
»Y en ella amarrado tu soplo bravío
»En céfiro manso que tornes haré,
»Y á fin de que al tallo, no hiele tu frío,
»Con fuego de Apolo templado pondré.»
Calló: y un peñasco revuelve su mano,
Y el seno de inmensa montaña se abrió,
Y arroja al abismo furiosa al tirano,
Y con otro monte la entrada cerró.

M. V.



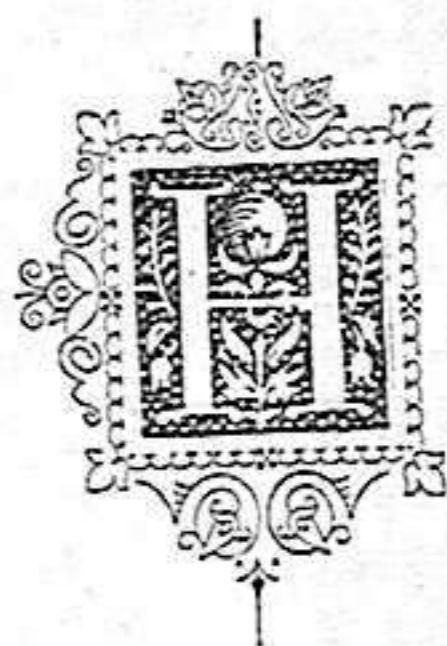
RETAZOS.

IV.

Del arte y la poesía
Yo siempre seguí las huellas,
Y en esas serenas noches,
En que sobre el mar riela
La clara luz de la luna,
Me sentia algo poeta.
Yo encontraba inspiración

En una fuerte tormenta,
Cuando tras el ronco trueno
Caía el rayo á la tierra.
Lo sublime hallaba siempre
Al contemplar la belleza
De una Virgen de Murillo
O la de una estatua griega.
Mas no sentí un entusiasmo
Digno de tenerse en cuenta,
Hasta que no reparé,
Que arte, inspiración, belleza
Y poesía, están juntos
En la mujer; y es que, en ella
Lo ha reunido todo Dios,
Porque es su obra mas perfecta.

F. A.

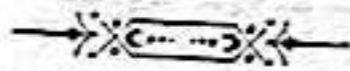


HA quedado constituida bajo la presidencia del señor Ferrer, Presidente de este Ateneo, la Junta provincial encargada de recabar fondos con destino á la erección de un monumento á D. José Zorrilla; compónenla además de este los señores Presidentes de la Sociedad Económica de Amigos del País y del Círculo de Recreo Turolense y Director de la Escuela Normal de Maestros, en concepto de Vocales y el Director de nues-

tro querido colega el *Eco de Teruel* como Secretario. Dicha Junta invitó á nuestra Sección Artística, á efectuar una velada dramática, literaria y musical y accediendo á estas indicaciones, el cuadro dramático de dicha sección ha empezado á ensayar algunas de las más populares obras de nuestro eximio vate. Con tal motivo, se ha reforzado con valiosísimos elementos no conocidos aun por nuestro público y con algunos otros que hacía ya tiempo no tomaban parte directa en las veladas que se han venido dando. No dudamos que ha de verse muy concurrida y que dará por tanto valiosos rendimientos, esta velada, que con tanto empeño y entusiasmo ha sido tomada por unos y otros.



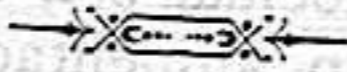
Nuestro querido Director D. Miguel Vilatela, salió para Madrid el día 21 del actual, con objeto de conducir varios objetos de arte á la Exposición histórica.



La reunión de propietarios y labradores, que con objeto de constituir una Cámara agrícola en esta capital, estaba anunciada para el Domingo 23 del actual, se aplazó para el día 30 á las doce de la mañana en el salón de actos de la Económica, pero como á la hora que se celebre, habrá entrado ya éste número en prensa, no podemos hasta el siguiente dar noticias de su constitución y acuerdos tomados.



El Domingo 16 empezó D. Vicente Crespo á disertar sobre el tema «Pasado y presente de las Repúblicas del Plata» ante un auditorio tan numeroso como selecto, y el día 30 continuó tratando del mismo asunto. Por la misma razón que hemos apuntado arriba no damos á nuestros lectores, el extracto de estas conferencias, prometiendo ocuparnos debidamente de ellas en el número próximo.



Cediendo al amistoso ruego de nuestro consocio D. Angel Mallén, consignamos que la mejora, que hemos empezado desde luego á obtener con el cambio de tipografía, consiste en que la provincial hace la tirada con más economía y prontitud, gracias al mayor personal de que puede disponer y pone en condiciones á la publicación de obtener mayor baratura que á modo de subvención se ha impetrado de la Excm. Diputación provincial, que tanto afecto ha mostrado al Ateneo y que con ello dará una prueba más de interés por la cultura de sus administrados sin detrimento de sus intereses materiales.

De acuerdo y conformidad del Sr. Mallén, se hizo el cambio por que también él se interesa por el fin levantado y desinteresado del ATENEO.

De obtenerse el aumento de tal beneficio, se procurará por medios indirectos mejorar la Revista y beneficiar á los abonados, ya que la fototipia ofrecida ha sufrido retraso porque apesar de estar dispuestos los aparatos, aun no están perfeccionados los trabajos por los colaboradores que han tomado gratuitamente por su cuenta tan delicada obra.

—*—*—

Han visitado esta Redacción nuestros apreciables compañeros en la prensa *El Noticiero Sevillano*, *El Diario del Pueblo*, Zaragoza; *Las Provincias*, Valencia; *La Voz del pueblo* Palma de Mallorca; *El Pensamiento*, Figueras; *El Mengó*, Denia; y *La Gaviota*, Ibiza; con todos ellos dejamos establecido el cambio, agradeciéndoles su deferencia para con esta Revista.

—*—*—

Rogamos á aquellos de nuestros abonados que se hallan en descubierto, se dignen remitir el importe de sus suscripciones, con objeto de normalizar debidamente esta administración. Para ello pueden valerse de los Sres. Habilitados, Agentes ú otro conducto seguro, como ya hemos indicado algunas veces, teniendo presente que no se trata de ninguna especulación sino únicamente el de sostener la sola publicación de esta clase que existe en la provincia y que como ya ofrecimos todo ha de ser inmediatamente para mejorar la Revista y mediatamente para bien de la cultura del país.

LIBROS RECIBIDOS.

Lecciones de Química orgánica, por D. Eduardo Lozano y Ponce de León, Catedrático de Física que fué de este Instituto provincial, y en la actualidad de Física Superior en la Universidad de Barcelona. Las notables obras de Ciencias Físico-Químicas que ha escrito el Sr. Lozano y que tan conocidas son en la mayor parte de nuestras Universidades, han sido aumentadas con este nuevo tratado importantísimo para todos los hombres de Ciencia, porque como el mismo Sr. Lozano dice «es vergonzoso que personas muy peritas en diversas profesiones y aun de superior instrucción ignoren la procedencia del jabón con que se lavan y del papel donde escriben todos los días.» Véndese esta obra en las principales librerías de España y para los pedidos que pasen de diez ejemplares con una importante rebaja en casa del autor, Alta de San Pedro, 39, Barcelona.

Teruel: Imp. de la Casa de Beneficencia.